

## SEVERO OCHOA. PREMIO NOBEL DE MEDICINA AÑO 1959

Dr. JESÚS MARTÍNEZ-FALERO

Severo Ochoa fue Premio Nobel de Medicina el año 1959, y aunque por circunstancias administrativas figure en la nómina de los Estados Unidos porque estaba nacionalizado allí, Severo Ochoa es español auténtico y genuinamente asturiano, nacido en Luarca, como el siempre proclamaba.

Nosotros, a más de cuarenta años, hoy en la Real Academia de Doctores de España y desde la sección de Medicina vamos a recordar la gigantesca figura de Severo Ochoa, científico universal, y parafraseando cuando él decía «la emoción de descubrir», que glosa Marino Gómez Santos en su libro y en el relato extraordinario que titula: *Carta a Severo Ochoa*, ahora decimos «la emoción de sentir» muy cerca esta tarde a Severo Ochoa, médico científico español que tanta gloria nos ha dado con sus descubrimientos, que fueron más que suficientes para obtener el Premio Nobel de Medicina.

Para esto celebramos esta Mesa Redonda\*, en la que van a intervenir los profesores Margarita Salas, Pedro García Barreno y

---

\* 23 de mayo de 2007.

Benjamín Fernández, que, junto conmigo, nos encargaremos de señalar las diversas facetas de la personalidad científica y humana de don Severo, que precisaremos al inicio de la disertación de cada uno de los ponentes.

Como introducción, yo haré una exposición de aspectos generales para que sea como un cañamazo, sobre el que después van a tejer los participantes la parcela que tienen encomendada, para definir así el perfil del personaje que vamos a glosar.

Severo Ochoa nace en Luarca (Asturias) el 24 de septiembre de 1905; un año después a Ramón y Cajal le otorgan el Premio Nobel de Medicina.

Severo Ochoa vive en el seno de una familia acomodada, bien relacionada económica y socialmente. Su tío, hermano de su madre, Álvaro de Albornoz, fue ministro durante la segunda república española, en las carteras de Fomento y Justicia, y posteriormente embajador en Francia, y terminada la guerra civil, Presidente del Gobierno republicano en el exilio, año 1945-46.

Es de sobra conocido que Severo Ochoa fue alumno del profesor Negrín durante 1924-25 y fue profesor auxiliar en su Cátedra de Fisiología en los cursos 1931 a 1934. En 1935, por ofrecimiento de Jiménez Díaz, pasa a dirigir la sección de Fisiología en el Instituto de Investigaciones Médicas, en la Ciudad Universitaria, separándose de Negrín, que posiblemente se sintió molesto y fuera la causa por la que no ayudó a Ochoa en las oposiciones a Cátedra.

A pesar de todo, siempre había anunciado don Severo que no tenía gran interés por la docencia, lo que a él le gustaba era investigar.

Parece que en principio Negrín apoyaría a Ochoa y pensamos si sería porque tuvo en cuenta factores políticos; Ochoa era sobrino, como hemos dicho, de Álvaro de Albornoz; que un hermano

de Severo había sido alcalde republicano en Luarca, ambos de fuerte compromiso socialista y también antecedentes sociales, como pertenecer a una familia de bonanza económica, ya que poco antes de iniciarse la guerra civil española, su hermana, Carmen Ochoa, acababa de regresar de Puerto Rico para liquidar los intereses económicos que tenía allí la familia, lo que le proporcionó a don Severo disponer de cierta cantidad de dinero para vivir fuera de España. Otro aspecto que tuvieron en cuenta, por qué no decirlo, fue su condición de hombre agnóstico y de ideas socialistas.

El caso es que una vez rotas las relaciones con Negrín y con un salvoconducto especial firmado por el catedrático, Ochoa sale con su esposa, Carmen, en septiembre de 1936, haciéndolo por Barcelona, cuando llevaba en el cinturón un cheque por valor de siete mil dólares.

Los avatares que siguió el matrimonio desde que salieron de España serán descritos por otro ponente; nosotros sólo diremos que en 1940 Ochoa marcha a Estados Unidos, donde desarrolla su principal actividad científica, que ya nos glosará la doctora Margarita Salas, discípula eminente de Severo Ochoa, y nos relatará cómo llegó a ser Premio Nobel de Medicina en 1959, que compartió con su colaborador Arthur Kornberg.

En la personalidad de Severo Ochoa siempre estaba presente el interés por la investigación, y así queda de manifiesto la «emoción de descubrir» que iba sintiendo cada vez que hacía algún descubrimiento, hasta que llegó al cenit con las investigaciones sobre el ácido ribonucleico, que sumadas a la anteriores, como se dirá a lo largo de esta mesa redonda, culminaron con la concesión del Premio Nobel.

Terminada su tarea en Estados Unidos, el reconocimiento científico con el Premio Nobel, los «honoris causa» de diversas Universidades y numerosos homenajes por su prestigio internacional, el matrimonio Severo-Carmen, se plantea el retorno a España.

Según manifestaciones de Severo Ochoa, parece ser que la decisión partió de Carmen, su mujer, que, como siempre, tomaba las iniciativas y el no las discutía, aunque don Severo reconocía que abandonar la ciudad donde había realizado sus mayores descubrimientos iba a influir grandemente en su estado de ánimo; por el momento era un ciudadano norteamericano más y recordaba como fue acogido con cariño y respeto. De todos modos, en su propósito estaba presente que con el regreso a España él quería contribuir al progreso de la ciencia y de la investigación en nuestra patria. Se preocupaba de la situación científica y tenía en su mente que desde el año 1945 habían contribuido a sus trabajos en el laboratorio investigadores españoles de prestigio, como Santiago Grisolia, Margarita Salas, César Nombela, por citar los de mayor renombre.

Don Severo tenía un espíritu soñador, se definía como «quijote de la ciencia», y en su retorno, desde su residencia en España, recordaba con nostalgia los años vividos en la casa de Nueva York en la Calle 72.

Un hecho trascendental en esta época de su vida es la muerte repentina de Carmen, que le produjo un estado de depresión del que le costó mucho salir. Buscó en la soledad el aislamiento para recordar constantemente a su mujer, su colaboradora más esencial.

Marino Gómez Santos, entrañable amigo durante veinte años, lo acompañaba muy frecuentemente y cuenta en su libro esta simpática anécdota. Estaban en Valencia y se disponían para ir a la casa de Santiago Grisolia. Don Severo conducía el automóvil, como siempre hacía hasta los 87 años, y comentaba que la calle de Grisolia está por esta zona, donde han puesto una con mi nombre. En ese momento le preguntó a una joven que cruzaba la calle, con un niño de la mano, si iba bien encaminado para la calle Severo Ochoa. La señora le contestó: «Está usted en ella». Y cuando lo reconoció le dijo al niño: «Este señor tan simpático me pregunta por la calle Severo Ochoa y resulta que es él mismo».

También cita el referido biógrafo, cuando la Real Academia Nacional de Medicina le designó Miembro de Honor. En ella pronunció una conferencia y escogió el tema, «El código genético». Terminada la sesión pasó a saludar a los Reyes, que habían presidido el acto, y D. Juan Carlos le dijo: «Don Severo, perdóname, pero no he entendido ni una palabra». La respuesta fue espontánea: «Majestad, no tiene por qué disculparse, ya que la mayoría de las personas asistentes al acto tampoco han entendido nada».

Nos vamos a acercando al final de mi recordatorio, la salud de don Severo se deterioraba, la pena hacía mucha mella en su carácter. Siempre en momentos críticos, su amigo entrañable Marino se encontraba presente y una tarde lo tuvo que llevar a la Fundación Jimenez Díaz, donde el doctor Alfonso Merchante cuidaba sus dolencias. En esa ocasión el doctor Pedro Rábago, exploró su corazón que empezaba a flaquear. La figura erguida, espigada, de alta estatura, elegante, con la frente muy despejada y abundante cabellera de nítido color blanco, estaba abatida. Con su espíritu sereno pero muy triste desde la muerte de su esposa, su corazón cansado dejó de funcionar.

Su cuerpo descansa en paz en el mausoleo familiar del cementerio de Luarca, mirando al mar que contemplaba en sus excursiones.

Siempre nos complace contemplar la figura de la estatua colocada en la Ciudad Universitaria, que podemos ver desde las aulas de la Facultad de Medicina, donde con la «emoción de sentir» su persona, recordamos la gigantesca figura del Premio Nobel de Medicina. Se trata de un bronce que presenta un escorzo del busto en el que se contempla la cabeza con la frente espaciosa con abundante cabellera; el rostro tiene los perfiles bien definidos, con pómulos salientes y boca con labios carnosos. En el pedestal una placa que dice: «Homenaje al Premio Nobel Severo Ochoa, alumno y profesor de la Universidad Complutense, inaugurado por los Reyes. Julio 1992». El escultor es Víctor Ochoa.

Nos complace mucho, que hemos visto en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, una exposición: «Severo Ochoa un científico apasionado», para conmemorar su figura. Es una coincidencia porque cuando organizamos esta Mesa Redonda no teníamos conocimiento del hecho, que fue ideado por la Fundación Carmen y Severo Ochoa. Yo la he visto, y allí con imágenes en video de Margarita Salas, César Nombela y Santiago Grisolia, además de numerosas fotografías, recordaban cómo don Severo Ochoa, científico investigador en esencia, sin mixtificación, con pureza diamantina, les dice a los jóvenes universitarios.

«Si os apasiona la ciencia, haceros científicos. No penséis lo que va a ser de vosotros. Si trabajáis firmes y con entusiasmo, la ciencia llenará vuestra vida».

¡Qué frases tan hermosas dijo don Severo!

Queda para la posteridad y para el progreso de la ciencia española la Fundación que lleva su nombre y el de su esposa, Severo y Carmen, y el deseo que nuestra investigación, con las personas, algunas de las cuales nos honran con su presencia y otras más, la ciencia española se pueda encontrar incorporada entre los países desarrollados que están a la cabeza.